

Marco Antonio Corcuera

SIEMBRA DE CAMINOS



SIEMBRA DE CAMINOS/Marco Antonio Corcuera

Hemos cavilado acerca de dar o no a conocer estas memorias. ¿Quiénes somos –nos preguntamos– para hacerlo, si este privilegio sólo está reservado para las personas importantes? Sin embargo, los demás también tenemos algo que decir si consideramos a la vida como irrepetible.

Dicho esto entregamos la primera parte de estas semblanzas, correspondientes a nuestra niñez y juventud, que recogen iniciales impresiones, las mismas que avivaron nuestra sensibilidad artística.

Nos hemos adentrado en el corazón de los seres y de las cosas que nos rodearon para mirarlas con los ojos del alma a fin de revelar su magnitud y excelencia.

Estamos satisfechos de haberlas vivido. Nuestra niñez campesina nos enseñó a querer a la naturaleza. No hay nada que la supere, salvo Dios que la creó. Lejos la podredumbre de la multitud con sus intereses y pasiones. La sencillez del campo es como un remanso que nos hace vivir. Todo fue hermoso y se confundió con los instantes añorados de la juventud que nos llevaron a conocer y admirar las cosas más simples y pequeñas que por su misma dimensión exceden a la de su propia naturaleza.

Vivimos los recuerdos de nuestro pueblo querido. Ningún otro lo iguala porque mantiene y comunica el calor y el cariño de los que nos enseñaron a quererlo. Es en esta inteligencia que le ofrecemos el testimonio nacido de nuestro propio corazón, aunque no esté a la altura de sus merecimientos.